

EL FETICHISMO

Francisco Umbral, 1986

Dice Umbral que «fetiche es metáfora, es lo que está aludiendo a otra cosa, al sexo. El fetichismo es el lirismo del sexo, pero un lirismo actuante, una nostalgia fáctica, ereccional. El fetichismo puede que sea una forma de locura sexual. Pero los fetichistas, como los locos, no queremos ser curados».

En este «inventario discreto del fetichismo», el autor analiza treinta y cinco aspectos del tema ordenados por la letra inicial de cada uno, desde el «acto» hasta los «zapatos», pasando por el «virgo», que él considera «el fetiche esencial». Este orden da lugar a lecturas chocantes: en *Aventura*, segunda entrega de la serie, dice: «Ya hemos hablado en este libro del fetiche que constituyen los zapatos femeninos». Pero los *Zapatos* son materia de la última entrega. El propio autor tiene dificultades para ubicarse: «Hemos hablado en este libro, o hablaremos».

En algunos segmentos, como *Los calcetines* o *El derecho de pernada*, el tratamiento, desprovisto de hipocresía, claro, merecerá la ira del lector/lectora rehén de una moral mojigata, reacción que Umbral, ya se sabe, no teme, sino que más bien provoca.

Publicado en 1986 por *El Observatorio Ediciones*, este libro es una muestra de ejemplar esmerado y agradable.

FGI

EXTRACTOS

Prólogo

Toda mujer es fetiche para quienes practicamos su devoción. El hombre vive toda su vida la religión de la mujer. La mujer genera tres clases de fetiches eróticos: el acto/fetiche, [que] es como una sucesión cinemática de imágenes que la mujer va dejando a medida que vive; la prenda/fetiche [que son] aquellos objetos y vestimentas que, “en contacto con la piel de la mujer” (Berlanga), han adquirido un carácter sagrado; y el souvenir/fetiche, [que] preside ceremonias eróticas que suelen acabar en la masturbación.

Los calcetines. La hija es otra vez la esposa, pero con diecisiete años. Ningún hombre se atreve a pensar que lo que le gustaría profundamente es poseer a su hija. Quienes no hemos tenido hijas hemos metido mano a nuestras sobrinas. Por detrás estaba el fantasma blanco y adolescente de la endogamia, de la mujer de la tribu, del clan, de la familia, que siempre es la más deseada porque es la que despertó, involuntariamente, nuestro primer deseo.

Los zapatos femeninos son un fetiche tópico. Hay que empezar a las mujeres por abajo, por muy abajo, para luego ir subiendo.

Una de las frustraciones de mi vida es no haber hecho una colección de bragas –usadas, por supuesto-, con el nombre y la fecha de la usuaria.

Este libro salta, incluso, del fetichismo al bestialismo, y aquí entran las cabras, ocupación y preocupación muy reciente del autor. Después de haber asaltado el castillo de Madrid, y ver que era poco más que una casa de putas, el escritor vuelve, con los clásicos y con Miguel Hernández, a la alabanza de la aldea, y hace vida casi aldeana. En la aldea, o te lías con la mujer del alcalde o te lías con una cabra.

Villa Carola, abril '85

El acto fetiche

Los fetiches sexuales, o eróticamente fácticos, no solo son cosas, que pueden ser actos. Todos aquellos movimientos con que ella se viste o se desnuda son actos/fetiche [...] En algún otro sitio he puesto a Drácula como ejemplo del «falo ausente». Drácula es el santo patrón de los hombres impotentes. El hombre experimentado sabe que la mujer necesita, exige, la penetración, y como ahí no puede llegar, la mata. Prefiere tener una muerta a una insatisfecha. Cualquiera lo preferiría.

Una aventura

Para mí había un estímulo fetichista en estar penetrando a aquella mujer desnuda, pero con los zapatos puestos. Gracias a los zapatos quedaba en ella algo de la dama. Gracias a los zapatos, la penetración resultaba más excitante [porque] era una profanación. Se trataba de un fetichismo en acto. Hay un «fetichismo en acto» que no come de la nostalgia. El fetichismo en acto es aquel acto sexual en que el impulso fetichista es más fuerte que el impulso sexual. El *acto/fetiche* es un fetichismo presente.

Las bañeras

Una bañera femenina de antaño es un fetiche que acumula la doble nostalgia de la mujer y del tiempo. La bañera es un fetiche de segundo grado, ya que nos remite a un erotismo que no conocimos y nos lleva a confundir la nostalgia por la mujer con la nostalgia por el puro tiempo perdido [...] La ducha es más rápida, más joven, más deportiva, más higiénica.

Las bragas

Entre los objetos que reciben atención del fetichismo masculino, están en primer lugar las bragas de las mujeres. El fetichismo femenino es más bien sentimentalismo: las cartas del novio, el bucle rubio... Jamás una mujer utilizará estos *fetiches*, estos no/fetiches, para masturbarse. No hay un fetichismo femenino, salvo el fetichismo del falo. El fetichismo es exclusivamente sexual. Cuando el objeto adquiere valor sentimental, estamos en el culto de las cosas como emisarias del amor. La braga, por su extremada intimidad, por su contacto directo con las zonas sexuales y escatológicas de la mujer, se exime en sí misma de cualquier connotación sentimental.

Las cabras

La cabra es la hembra más practicable, sexualmente, de todas las especies animales. El bestialismo está en la sexualidad humana. Shakespeare lo documentó para siempre con Titania y el burro. El amante que llama «gatita» a su novia, la bestializa dulcemente. El albañil se inclina en el andamio para llamar «potranca» a la gran mujer que pasa por debajo. Toda cabra no es sino la metáfora picassiana de una mujer. Hace años estuvo de moda el modelo/gata: Lauren Bacall. Mujer/cabra es Barbra Streisand. Woody Allen llevó todo esto al cine con una oveja. Pero la oveja es a la cabra lo que la esposa a la amante. La oveja es más dócil. La cabra, inquieta, lujuriosa y escapadiza, evoca mejor la figura inquietante de la amante azarosa o de la meretriz.

Los calcetines

Los calcetines que aquí nos ocupan y preocupan son los calcetines de la menor, de la colegiala. Uno, cuando ha practicado el honesto ejercicio de la carne con criatura calcetinera, siempre le ha pedido a la chica que conserve los calcetines aun estando desnuda [...] Me voy a la salida de los colegios para hacer psicología de los calcetines. La que los lleva estirados es inviolable. La que los lleva caídos es una desastrosa. La que lleva un calcetín tenso y el otro flojo, esa es la que nos interesa. Sabe que el calcetín tirante nos está dando su capacidad de rigor y disciplina. Sabe que el calcetín caído y flojo es toda una promesa de flojedad de alma, de concesión a la bohemia interior. Es a la que hay que seguir por la calle, del colegio a casa, de casa al colegio y es ante ella ante quien tiene que abrirse la gabardina, que cubre un aterido y bizarro desnudo macho. Es muy probable que la «asimétrica», si no es a una violación inmediata, acceda a una conversación peripatética por curiosidad del varón adulto que la ha elegido a ella para enamorarse. A propósito de esto hay que decir que la historia de Caperucita no es sino una metáfora de la eterna historia de la niña arriesgada en el bosque del crepúsculo, y el hombre/lobo de la gabardina.

Las camas

[El fetichismo de las camas] se ejerce poco. Yo procuro ejercerlo. Cuando la mujer abandona el lecho, después del amor, para ir a por tabaco al living, para ir al baño o a por un whisky, yo me deslizo hacia su lado de la cama, me hundo en ese nido caliente y reciente de mujer, me djo envolver por la ausencia de su cuerpo, casi tan evidente como el cuerpo mismo. Es una manera de gozar la ausencia de lo que momentos antes ha sido presencia: eso ya es fetichismo.

Los contactos furtivos

Todo joven es coleccionista de fetiches táctiles. El beso de la amiga de mamá, con toda su cargazón de mujer y perfume, cosas así. Las caricias abiertas del amor es sexo directamente. Los contactos furtivos son el fetichismo táctil que el fetichista puede guardar en la memoria de la piel para siempre.

Yo bajo dos o tres veces por semana a que la peluquerita me lave la cabeza. Las caricias involuntarias de dedos largos, de sus manos, dos palomas hundidas en mi pelo, los leves ladeamientos que imprime a mi cabeza. No sé si para ella hay alguna malicia en este juego. En mí hay un enamoramiento melancólico y transitorio, que se me pasa al salir de la peluquería.

La mujer a quien rozamos en el autobús o en el metro, la dama cuya mano besamos en el salón, la hija el amigo, o la sobrina propia que, a sus doce años, todavía se sienta en nuestros muslos, nos proporcionan contactos furtivos, fetiches dérmicos, marcas que pueden durar mucho en la memoria de la piel.

El fetichismo puede que sea una forma de locura sexual. Pero los fetichistas, como los locos, no queremos ser curados.

Las criadas

La sociedad se ha estratificado en clases, y eso ya no hay quien lo mueva, porque cuando alguien lo mueve, mediante una revolución, resulta que las clases vuelven a constituirse,

secretamente, con otro nombre. Uno se ha pasado la juventud y buena parte de la madurez, soñando con eso que, para simplificar, llamaremos «otro modelo de sociedad».

Los chicos de mi generación hemos vivido la nostalgia de las criadas, que olían a jara y a colonia pobre, con su cara de manzana sin raza, con sus pechos violentos y sus piernas desnudas todo el año. Las criadas, aparte su franciscana y alpestre docilidad para el amor del señorito, eran un signo claro de la profunda nostalgia sexual de unas clases por otras.

Una criada casi desnuda, que va y viene por la casa con su frescor de jara y cocina, supone una agresión difícil de resistir para el adolescente y para el maduro. El fetiche erótico *criada* reúne en sí la doble incitación del pasado y el futuro. Todos hemos deseado, en la infancia, a una de las criadas de la casa, e incluso la hemos poseído, o más bien nos ha poseído ella a nosotros. Luego, salidos a la vida, en contacto y comercio con las muchachas de nuestra cñase, la pobre criada se quedó en su cocina de soledad y llanto. Hoy, de vuelta de las gilipollas de nuestra clase, de vuelta de las feministas y de las progres, amamos el amor caliente y rudo de la primera doncella, su sexualidad de establo y madre. Eso es un fetiche sexual.

Si la criada es casada, uno tiene que recurrir a toda su conciencia proletaria para no putrefaccionar un hogar obrero y honesto. Si la criada es soltera, y encima un poco pasotilla, uno no sabe ya adónde agarrarse. Y así es como las criadas se van convirtiendo en un fetiche erótico muy actuantes sexualmente [pero] inasequibles fácticamente.

El derecho de pernada

En la sociedad burguesa, el adulterio y la promiscuidad vienen mucho después de la boda. En la sociedad feudal, el adulterio y la promiscuidad de la mujer vienen antes, y lo que espera luego es toda una vida de oscura rutina. La joven villana, barroca de ovejas y garrapatas, se casa con un villano para seguir una vida de villanía. Pero he aquí que su auténtico regalo de bodas es el derecho de pernada. Lo que se ha considerado una infamia social (y lo fue), quizá no sea tanto infamia sexual. De no ser por el derecho de pernada, la joven villana no habría conocido nunca el sexo de los hombres limpios de cuerpo ni la pluralidad de la aventura.

Lo primero que hacen el señor feudal y los caballeros es lavar bien a la joven desposada. El señor feudal la viola, y luego los caballeros y castellanos. La villana recibe todo aquello con espanto, pero lo cierto es que por primera vez ha oído el cuerpo desnudo de un hombre que se lava, y quizá hasta se perfuma. Cuando la devuelven al caserío, tiene que afectar, a veces, la condición de víctima. En realidad no lo ha pasado mal. Ahora, su reciente marido le huele a puerco y establo, como toda la vida. Y además le hará el amor torpemente, rudamente, zoológicamente. En las noches lúgubres de amor, la villana no podrá evitar el recuerdo de aquel hermoso señor feudal y de aquellos gentiles caballeros que la gozaron de mil maneras. [Por otro lado] el señor feudal, en realidad, le ha prestado un servicio paradójico a su siervo, ya que el desvirgamiento siempre es tarea penosa.

La villana, la aldeana, la proletaria, la mujer de clase inferior siempre es un fetiche sexual para el hombre de la clase superior. El señor feudal solo tiene derecho a fornicar con la joven villana una vez. Y la mujer imposible se convierte en fetiche. Lo que pasa es que el señor feudal renueva su fetiche cada poco tiempo.

Las enaguas

La enagua, hoy en desuso, derivaba su erotismo de que, con ella, la mujer no estaba vestida ni desnuda. Para los senos, las enaguas tenían como un almenado de encaje que dejaba entrever el pezón [como una] jaula encajera para las palomas altas de la mujer.

Las flores

Hay fetiches que tradicionalmente han funcionado más como tópicos que como fetiches. Por ejemplo las flores. Claro, que el tópico no es sino la fosilización de una metáfora, y el fetiche es metafórico/fáctico. Cada vez que una muchacha se coloca una flor en el pelo, algo tiembla entre el cielo y la tierra: se ha producido una asociación inmemorial, profunda, natural, entre flor y cabellera, entre mujer y planta. Y esto no lo ha explicado nadie, nunca, debidamente. La conspiración mujer/flor es siempre turbadora. En cuanto una mujer se coloca una flor en el pelo, ha creado un fetiche. La flor no es sino uno de los infinitos sexos hembra en que se abre la naturaleza por la primavera. La rosa es el pariente más cercano que una vulva femenina tiene en el mundo. La rosa, con alguna otra flor, es el supremo fetiche visual/olfativo. Pero también el fetiche más perecedero. Lo que hace falta es una mujer que, en nuestra vida, vaya renovando las rosas. (Nosotros, equivocados siempre, hemos preferido renovar las mujeres).

Los guantes

Decíamos que los guantes. Los guantes no son la estilización de las manos, como el zapato del pie, ya que los guantes, solos, se arrugan y caen. Los guantes abandonados son como hojas caídas y marchitas del árbol de la mujer. Los guantes, a la mujer apenas le sirven de nada. Los guantes de la mujer, por innecesarios, son menos objeto que fetiche. solo una criatura impar, como Rita Hayworth, pudo quitarse el guante del codo como si se quitase una media de la ingle. Es mucho más erótica Rita Hayworth quitándose un guante que Marlene Dietrich jugando con el ligero. El fetiche suele nacer de una imposibilidad. Cuando no se puede manosear unas manos, se manosea unos guantes.

Las lesbianas

La lesbiana es mujer/fetiche para el hombre porque desarrolla una serie de actividades sexuales que a él le están vedadas. La lesbiana es un fetiche erótico porque consigue el placer de la hembra por otros caminos. La lesbiana es fetiche en cuanto que vive de una sexualidad que nosotros no podremos surtir. Nos gustaría, pero no podemos. Y el fetichismo se nutre de imposibilidades.

[La lesbiana tiene] virtudes de sensibilidad y comprensión de un sexo que es como el propio. Pero estas virtudes, más que ventaja, son carencia. Lo que quisiera la lesbiana para con su niña, es ser «muy macho». Lo más eficaz que puede hacer una lesbiana es *imitar* a un hombre.

Las ligas

Las ligas ya no se llevan. Este libro, como todos los que ha escrito uno, no es sino una defensa de causas perdidas, y una causa perdida es el fetichismo, cuyos arreos y aperos principales están ya en desuso. Las ligas para enseñar, las ligas de la profesional (del can/can o de lo que fuese) no nos interesan demasiado. El fetiche es flor de intimidad. Las ligas de verdad, las ligas íntimas, las ligas entrevistadas, eran de elástica negra o rosa, que se ajustaban

al muslo de la bella, sin dejar caer la media y sin ceñir la carne en exceso. Eterno acechador de ligas de criada, uno recuerda insólitas ligas verdes y anchas ciñendo muy hermosos muslos. Ya todas van de leotardo. Unas llevan braga debajo y otras no.

Los ligueros

Se ha escrito tanto de ligas y ligueros que ya es imposible añadir nada nuevo. Los ligueros son aquella cosa que se ponía la mujer, una especie de capilla gótica para el vientre y el pubis, con tiras descendentes y abrochadores, que eran los que sujetaban las ligas. Debajo iba la braga, siempre. El ligero a mí siempre me ha parecido una especie de ortopedia de la ropa.

Los manguitos

Los manguitos han desaparecido, claro. Los manguitos tienen que ver con el Imperio Austro-Húngaro, con los días de nieve, con los profesores de piano a domicilio, con Madame Bovary, con el adulterio y con el cine mudo. Los manguitos nos fascinan hoy, en la distancia, por lo que tenían de nido incestuoso de las manos. Todas las señoritas saben ya muy bien para qué sirven las manos. Por eso han desaparecido los manguitos.

Las mariposas

Vladimir Nabokov acuña, parece que a su pesar, la gran criatura/fetichismo de nuestro tiempo: Lolita. La niña/adolescente en general, es, como todas las ninfas, el *fetichismo* de la mujer que será. Toda niña graciosa, toda adolescente atractiva, es un regalo que nos hace anticipadamente el tiempo.

VN redondea su carrera con el libro casi póstumo *Ada o el ardor*, que vuelve a ser el tema de la ninfa. El rigor tajante con que Nabokov negó su interés por las niñas prueba que mentía. Es un obseso de la adolescente/niña, como su admirado Lewis Carroll. Nabokov tiene buen cuidado, en su vida pública y privada, de separar su confesada pasión por los lepidópteros de su inconfesada pasión por las menores. Razón de más para establecer una relación entre ambas pasiones. Nabokov es un cazador de lo más frágil y bello: la mariposa y la niña.

Las *nínfulas*, por expresar la cosa según Nabokov, aunque el término me parece más farmacéutico que afortunado...

La mariposa tiene un valor general de fetichismo erótico. En el kitsch, las fotos de los novios aparecen con una mariposa en cada esquinita. Y ahí está la comedia americana *Las mariposas son libres* y la década de los 70, en que las mariposas se habían convertido, incluso por su forma triangular, en el símbolo del sexo femenino.

Las marquesas

Dentro de un sistema de profunda nostalgia sexual de unas clases sociales por otras, resulta que a los albañiles les gustan las marquesas. En sentido contrario también se establece la magia. El señorito se enamora de la criada. Las distancias sociales que nuestra sociedad de castas ha impuesto en varios siglos, hace que unas clases sean exóticas para la sotras. La marquesa es un fetichismo social por aparentemente inasequible, [pero] hemos descubierto, con el tiempo, que las marquesas son mucho más vulgares, expertas y directas en sus transportes eróticos que la costurerita de Cuatro Caminos. Lo que pasa es que

violando a una marquesa tiene uno la emoción de estar derribando un palacio de la Castellana. El fetichismo de las marquesas es un fetichismo de clase. El que necesita profanar una marquesa es como el que necesita profanar un sagrario. Han tenido que llegar tiempos muy modernos para que nuestra relación con las marquesas, o sus hijas, sea democrática. Para que sea una relación de tú a tú, donde no se trata de profanar nada, sino de disfrutar de todo. Pero entonces es cuando hemos perdido el fetiche. La marquesita ya no es un envío sexual, metafórico, de una clase superior, sino el ligue de una noche.

Las medias

La mujer no es más que un maniquí que la moda va moldeando, aunque a ella le gusta pensar que es ella quien moldea la moda. Todo el erotismo comercial y general del lanzamiento acertado de un producto, cada mujer lo vive como propio y personal. Las medias de encaje, blancas o negras, están dentro de ese orden cultural que tiende a fetichizar a la mujer toda, a convertirla en metáfora sexual de sí misma, a crearle una sexualidad sobrepuesta a la suya natural.

Las meretrices

Más que la mujer/ilusión, la puta es la mujer alusión. La meretriz representa una suplencia de la mujer ausente, imposible, deseada, soñada o inexistente. Esto es lo que la convierte en fetiche sexual. Diríamos que cada meretriz no es sino la *doble* de una «honrada» que nos espera o nos olvida en algún sitio. La puta es el fetiche de la *honrada* que pudo ser.

Ha circulado mucho una leyenda macho según la cual la meretriz sabe lo que no sabe la otra. Habría que decir que las otras, nuestras dulces mujeres decentes, saben mucho más de lo que dicen o ejercitan. Y que uno prefiere la inexperiencia emocionada y entregada de una naif del amor a los fríos tecnicismos de una profesional. La cópula mercenaria es una representación. Se trata de los monólogos de dos cuerpos que jamás llegan al diálogo.

En toda mujer duerme una meretriz como en todo hombre duerme un comprador de esclavas. El hombre maneja el dinero como poder y la mujer lo recibe como halago. El negocio va mal desde que existe la píldora y la liberación de la mujer. El síntoma es alentador.

Las muertas

El fetiche femenino absoluto es la mujer muerta. Un fetichista profesional no debe contentarse con una vagina de trapo [muñeca inflable], sino que debe aspirar a una muerta de verdad. Uno, la verdad es que no ha tenido ningún trance con muertos, pero sí una experiencia similar, que es la de la mujer indiferente. La amante habitual que un día decide bloquear su cerebro y su vagina como respuesta *diplomática* a algún agravio del hombre, resulta infinitamente grata de penetrar, ya que la fornicación cotidiana se convierte en violación. Y la violación es algo que, queramos o no, va inscrita en los genes culturales del macho depredador, que lleva millones de años cazando hembras. La amante voluntariamente frígida tiene la docilidad de un cuerpo de muñeca. Solo que, si uno conoce bien los resortes sexuales de ese cuerpo, acabará obteniendo un orgasmo de la *muerta*, orgasmo que ella ahoga como puede (generalmente no puede) y proporciona al violador una emoción nueva, caliente y un poco siniestra. Es la única experiencia que podemos tener, la generalidad de los hombres, de fornicación con una muerta.

La cópula cegada por la cera fría de la muerte, se vuelve cópula ideal fetichista. El fetichismo no es un platonismo, sino que tiene siempre un calor ereccional. Lo que hace el fetichista no es idealizar a la muerta, sino penetrarla mentalmente. A toda mujer hermosa habría que enterrarla desnuda para que el fetiche marfileño de su última yacencia quedase más vivo en el deseo del fetichista.

Las muñecas

A efectos eróticos, el hombre no busca tanto en la muñeca la sustitución de una mujer como en la mujer la sustitución de una muñeca. El erotismo de las muñecas es casi el mismo que el de las muertas. La caprichosidad sexual del hombre aspira a la mujer absolutamente dócil, y la más dócil es la muñeca o la muerta. Para un fetichista, las muñecas son tan gratificantes sexualmente como una muchacha de carne, o más. No solo por la facilidad de su manejo, sino porque la mujer de poliuretano es una metáfora erótica actuante de la mujer real. La muñeca es la mujer menos la mirada y el juicio crítico, y eso nos tranquiliza mucho a los hombres. La muñeca es el sexo sin competitividad. Lo perfecto.

Uno ha tenido muñecas casi toda la vida. Uno ha cuidado, peinado, besado en los labios y fornicado imposiblemente a sus muñecas. Y no por necesidad de hembras reales, sino por gusto de la variante, por fetichismo. Hace muchos años, Pepín Fernández, que entonces era dueño de Galerías Preciados, me regaló un maniquí talla 18 años. La llamé Sabina. Está en una de mis casas. A veces me retrato con ella para los reportajes.

El naturismo

El naturismo es una cosa que practicaban nuestras madres entre los años veinte y treinta, y que consistía en tomar el sol en bolas y correr, desnudas, por el monte. Hasta que vinieron los nacionales y empezaron a fusilar en nombre de la Patria y otras mayúsculas. Uno —machista como es— cree que el desnudo de la mujer encierra siempre un excipiente de pornografía. La mujer no es inocente de sus encantos, y cuando hicieron naturismo, estaban utilizando una coartada higiénica para tener la experiencia total de su cuerpo desnudo y al aire libre, sin presencia del varón. La mujer necesita en algún momento adolescente tomar conciencia total de su cuerpo, como el hombre de su alma, y esto tiene que ser ante nadie.

Una vez que la mujer se ha liberado de las armaduras teológicas medievales se lanza a la conquista de la sociedad. El desnudo femenino, como toda subversión contra lo establecido, empezó siendo una revolución y ha acabado siendo una banalidad (más de la derecha que de la izquierda). El desnudo femenino se convierte en fetiche en cuanto es una metáfora inmediata de una cópula posible/imposible.

El pelo

El pelo de la cabeza resulta alegórico de zonas más recónditas, recubiertas de vello, como el pubis o las axilas, esos dos sexos falsos y adorables. Y tendríamos que distinguir aquí entre fetiches *vivos* y fetiches *muertos*. [Porque] el hombre también ha conservado consigo rizos de su amada. El pelo muerto es un tópico del fetichismo romántico. Si el fetiche vivo es más actuante que el fetiche muerto, eso va en la condición del fetichista. El sexo tiene razones que la razón no comprende.

Los pendientes

Las joyas, plata o piedra, *interrumpen* esa totalidad erótica que es el cuerpo de la mujer, y que solo admite trámites cálidos, ropas externas o internas, bien elegidas. [Sin embargo] que una mujer se quite [para mí] algo banal, da lo mismo la braga que los pendientes, consagra como fetiche el objeto despojado. Es un primer ademán sexual de desnudamiento. El fetichismo, así, no es pasivo, no es un coleccionismo de reliquias inertes, sino de *actos*.

El perfume

El perfume es el fetiche más lírico e inasible que puede dejarnos una mujer. Ella deja una huella espiritual de sí (y digo «espiritual» porque no encuentro otra palabra) en su ropa, en las sábanas, en las cosas. El perfume de una mujer es un fetiche errante. [Frente a los perfumes industriales] hay que considerar el perfume natural del cuerpo muy joven: el pelo y la piel de la adolescente huelen de una manera turbadora. El sudor mismo, de la mujer joven y limpia, es un fetiche olfativo/mental que no se nos irá nunca.

Las prótesis

Dentro del mundo un poco hosco de las prótesis, uno tiene que decir que le encantan las mujeres con la nariz operada, con los ojos y los pómulos estirados, en un asiatismo gracioso e inesperado. También podemos amar unos pechos operados. Y como los pechos, el resto del cuerpo. Las prótesis me parece a mí que tienen un valor de fetiche. La moderna ortopedia sexual, aparte quitar años o corregir defectos, añade lirismo/fetichismo a la mujer. Porque fetichismo es ambigüedad. Una mujer que es y no es ella, resulta ya un fetiche viviente.

Las puntillas

La mujer ha suprimido la ropa menor, porque no la usa o porque es ya tan menor que ni siquiera cuenta. Las puntillas afilegran a la mujer, le dan calidad manierista y hasta rococó. La puntilla es un entramado de vacíos. Las puntillas son el gótico florido de la mujer. La que va vestida de puntillas es una falsa novia de una falsa candidez, que lo que quiere es enseñarlo todo, y tenernos siempre pendientes de que se le salga un pezón descarado por un agujero de la puntilla, cosa que nunca ocurre. El vestido de puntilla resulta más incitante que informativo. La puntilla es fetichista porque remite a un mundo interior de la mujer, visto y no visto. Ese punto intermedio de enseñar y no enseñar, de hacer visible la carne a través de una red, es lo que no sabemos a qué conduce. La puntilla quizá sea la capilla rococó del fetichismo.

El rouge

El rouge, que hoy detestamos como afeitado que oculta la lozanía de unos labios lozanos, tiene su imperio sobre la juventud más joven, porque la boca de la mujer es lo más sexual que tenemos a la vista. Empieza uno cogiendo, a escondidas, la barra de labios de la propia madre y oliéndola [porque] la barra de labios huele a las palabras de la mujer. El rouge es fetichizante como todo lo que finge una verdad innecesaria sobre la verdad. El rouge le pone a la mujer una boca sobre la boca. La labilidad femenina la lleva a inventarse una boca que no es suya, pero que «se lleva». Con estos mimetismos de la moda, la mujer vuelve a ser especie más que individuo. Prefiere integrarse en una sexualidad general a funcionar con su propia sexualidad. La boca real, los labios de carne, quedan, así, fetichizados y sepultos. La

boca de carmín es también un fetiche [que] nos brinda una boca cosmética que va dejando bocas impresas en las servilletas, en las copas, en los cigarrillos o en la ropa del hombre.

El sostén

El sostén leve y casi innecesario de las adolescentes puede ser más erótico para el fetichista que el sostén cumplido de la mujer cumplida. Los sostenes son necesariamente eróticos, a condición de que sean *innecesarios*. El gran sostén de la tetuda no responde más que a la ley de la oferta y la demanda.

Las tontas

Las tontas suelen ser ninfómanas. Se conoce que los controles mentales sobre el sexo no funcionan en ellas. Las tontas suelen gustar de la penetración rectal [convirtiéndose] así en fetiche de un erotismo clausurado, el bestialismo. La tonta es sexualidad animal. [El sexo con ellas] Viene a ser algo así como beneficiarse a una cabra. O peor, porque la tonta tiene vislumbres de inteligencia, y esto la torna trágica.

Las viejas amantes

Una vieja amante, lejana y no vista, es siempre un fetiche de la mujer que fue. La distancia, el tiempo, o incluso la muerte, van estilizando en ellas un modelo erótico. La memoria humana, que siempre es artista, va eliminando lo sobrante de la materia hasta dejar una miniatura pulcra sexual, desnuda. La vieja amante recordada/acuñada es un fetiche del amor como el crucifijo es un fetiche de Dios.

En la mujer de antaño nos añoramos a nosotros tanto como a ella. El fetiche de la vieja amante puede que esconda una nostalgia por la vieja sexualidad decaída. Hay un impulso, no sabe uno si fetichista o imperialista, de reencontrarse con ellas. Porque todo hombre es un colonizador de la mujer, y le alegra recuperar una colonia de su imperio que daba por perdida. [Aún así] El autor no aconseja la visitación a las viejas amantes porque se viene abajo el fetiche. Dejemos en paz a las viejas amantes, aunque llamen, porque nuestra rica colección de fetiches es más importante (quizá nuestra única familia) que un orgasmo tardío, añadido y melancólico.

El virgo

El fetiche esencial lo llevan ellas en sí, de nacimiento, y es el virgo. El virgo es una membrana que no sirve absolutamente para nada (conviene eliminarlo pronto y tierno). La vida de una mujer se divide en antes y después del virgo. El virgo es fetiche anterior a todo fetichismo. [Se] constituye en fetiche desde el momento en que los clanes primitivos lo valoran: una virgen se vende más cara que una no virgen. [En nuestro tiempo] el virgo pasa de fetiche previo a souvenir sentimental. Si no hay una niña saltando a la comba dentro de ella, esa mujer no nos interesa.

Los zapatos

El zapato es fetiche supremo porque enfunda y «ennoblece» lo más bajo de la mujer y porque tiene algo de instrumento de tortura, con su estrechez y sus altos tacones. La mayoría de las mujeres tienen los pies deshechos por los zapatos que les impone la moda. El

zapato es sadomasoquista, por cuanto casi nunca se adapta a la forma ni a la posición naturales del pie de la mujer. La mujer jamás ha usado un zapato racional, sino siempre estilizaciones/erotizaciones de su pie.

Los pies de la mujer se constituyen en dos fetiches paralelos cuyo paralelismo (como el de los pechos) resulta fascinante para el hombre. James Mason pintándole los pies a Lolita tiene mayor fascinación que cualquier cópula filmada. Cortarle las uñas a una muchacha es mucho más *ereccional* que acariciarle los pechos.

Nota

«Uno no practica el plagio literario no por honestidad, sino por legitimidad». Pero escribe: «aquellos de cuando la mili se hacía con lanza» (85).

OTROS ARTÍCULOS MÍOS SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA

- [Umbral: Vida, obra, estilo, desavenencias](#)
- [Balada de gamberros](#) (1965)
- [Mortal y rosa](#) (1975)
- [El hijo de Greta Garbo](#) (1982)
- [España como invento](#) (1984)
- [El fetichismo](#) (1986)
- [Guía irracional de España](#) (1989)
- [El socialfelipismo](#) (1991)
- [Historias de amor y Viagra](#) (1998)
- [Diario político y sentimental](#) (1999)
- [¿Y cómo eran las ligas de madame Bovary?](#) (2003)